

8. De vuelta a Brasil

Con el material recopilado en Mallorca me presenté en el Centro Democrático y les propuse hacer una exposición y una charla-coloquio. Como ya relaté, tuve bastante actividad en el Centro en los primeros años, pero el ambiente cerrado y estrecho que se acentuó después que el PCE obtuvo la mayoría en la Junta, y el poco interés que se manifestaba por la situación brasileña, hicieron que me fuese distanciando, además de que para visitarlo tenía que desplazarme a São Paulo y perder casi una tarde. Pero como nunca había entrado en polémica con ellos respecto a sus posiciones ideológicas (he asistido muchas veces a ese tipo de “debate” que consiste en poner cada uno en duda las posturas del contrario, y estoy vacunado contra ese mal) no era mal visto. Después del episodio aquel con el mural (ver el Capítulo 4) supuse que me tenían por uno que puede ser útil en ocasiones, pero “no quiere mojarse”, que es como definen en general al que no se define claramente por una de las corrientes ideológicas que convivían en el Centro.

Así siendo, pues, aceptaron mi propuesta. Preparé los recortes de periódicos y revistas que había traído, y los coloqué en unos paneles que había para ese tipo de efectos. Asistieron al acto de unas 30 a 40 personas. En mi exposición oral, basada en lo que he detallado en el episodio anterior, hice hincapié en algo que parecían dejar de lado los del PCE en sus comunicados sobre la situación en España, marcados siempre por la resistencia de los trabajadores y sus huelgas y manifestaciones. Me refiero a la proliferación de contactos entre sectores de la burguesía de cara a una alternativa al franquismo. También expuse las verdaderas razones por las que se empezaban a mover estos sectores de la sociedad, que no era por el deseo de libertad, como decía el documento de la Reconciliación Nacional de PCE, sino por el de librarse de trabas que obstaculizaban una explotación más racional (desde su punto de vista) de los trabajadores.

Naturalmente, no cité para nada los documentos del PCE, ni la visión que nos quería dar de la situación. Como la mayoría de los presentes eran trabajadores o jubilados, la vida les había mostrado cual es el concepto que tiene

los empresarios de nosotros. Por lo tanto, a nadie podía extrañarle que su objetivo en España fuese esencialmente, librarse de las trabas administrativas, entre ellas la Magistratura del Trabajo. La experiencia – que no los libros – nos dice a los obreros que la única dictadura que molesta a los empresarios es la que perjudica a sus intereses.¹ Yo intentaba que la experiencia viva se impusiese a las consignas políticas y el empresario real al que nos pintan los teóricos partiendo del esquema hegeliano de las contradicciones principales y secundarias. Para conseguirlo bastaba con no introducir ninguna crítica al PCE o sus documentos, ni negar el crecimiento del movimiento obrero en España.

Naturalmente, se dejaba entrever que más tarde o más temprano, habría que luchar contra muchos de los que ya empezaban a distanciarse abiertamente del franquismo. Eso estaba implícito en la exposición oral. Como es natural, nadie iba salir allí a decir que la burguesía clama también

¹ Y si hay una democracia, tal como la entiende la burguesía, con los políticos elegidos una y otra vez por amplia mayoría, pero que no se pone a su servicio, la llamaran dictadura en todos sus aparatos mediáticos y utilizaran todos los resortes de su poder para acabar con ella. Ahí está Venezuela para mostrarlo.

por más libertad, como el proletariado, que es lo que hacen los papeles del PCE, pero sin matizar, en una situación así, cuál es el tipo de libertad que quiere cada uno y para qué. Si alguno conseguía ver las contradicciones que había entre mi exposición y las consignas del PCE, que las rumiase después en su casa. Allí todo transcurrió bien, hubo muchas preguntas y yo me quedé satisfecho.

Como dije en la entrega anterior, yo me sentía más expuesto al peligro en la medida en que extendía mi radio de acción. En los meses siguientes conocimos un pequeño grupo comunista llamado POLOP (Política Operaria) que era más serio y consecuente que lo que habíamos conocido hasta entonces. Su dirigente era un viejo alemán que emigró a Brasil y formó una célula del grupo que ya existía en Alemania (y existe hasta hoy) con el nombre de Arbeiterpolitik. Este grupo tiene solera y merece que nos detengamos a sacarla a la luz.

Su fundación data de 1947 y se forma a partir del KPO (Kommunistische Partei Opposition) que tenía como figura de proa a August Thalheimer, uno

de los fundadores del partido Comunista alemán en 1919 junto a Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y otros. Era uno de sus principales teóricos pero cayó en desgracia en la Internacional Comunista por negarse a seguir la línea que ésta marcaba a los Partidos que la integraban. Una línea que, para Thalheimer, no contemplaba las peculiaridades de la situación en cada país y no era más que la prolongación de la política exterior del Gobierno de la URSS. Fue expulsado del Partido en 1929 y creó, junto a Heinrich Brandler el KPO, que es el padre, por así decirlo, del grupo Arbeiterpolitik que se reivindica de la línea del KPO y de la figura de Thalheimer. Theodor Bergmann, uno de los fundadores de KPO fué durante algunos años el editor de las publicaciones del grupo.

Como he dicho antes, eran lo más serio que habíamos conocido hasta entonces. El defecto que tenían era que se componían de estudiantes en su mayoría. Nos reunimos varias veces con ellos. No tengo en mi memoria nada de significativo de esos encuentros, aparte de lo dicho.

La intención de volver a España definitivamente me dominaba cada día más, hasta que decidí preparar el viaje. No tenía mucho dinero, pero podía contar con un fondo de ahorro forzado que había instituido el gobierno unos años atrás. Se trata, porque aún existe, de un ahorro llamado Fondo de Garantía do Tempo de Serviço (FGTS). Se trata de una cuenta abierta a nombre del trabajador, pero vinculada al contrato de trabajo. En ella deposita el empresario al principio de cada mes, una cantidad que representa el 8% del salario. Naturalmente los depósitos cesan cuando se rompe la relación laboral con esa empresa.

El fondo solo está disponible para el trabajador en determinados supuestos. Entre ellos, cuando se es despedido sin justa causa, cuando se rescinde el contrato por extinción de la empresa, por jubilación, para resolver un grave problema surgido como consecuencia de una catástrofe o para adquirir una vivienda o amortizar la hipoteca de la misma. En el articulado oficial no reza, pero se puede sacar cuando el trabajador es extranjero y se marcha del país.

Hice pues los trámites necesarios y conseguí retirar el fondo. En aquellos años, la alta inflación era permanente y en 1967 era ya tal la saturación de cifras en facturas, etc. que el gobierno cambió de moneda pasando del “cruceiro” al “cruceiro novo”, cambiando mil del antiguo por uno del nuevo. El Fondo tenía unos 5.000 cruzeiros novos, que me dio al cambio 900 dólares. Me parecía, a mí y a todos los compañeros, que era absurdo volver a España con cruzeiros novos en el bolsillo, dada la constante devaluación de esa moneda, así es que cambié todo, lo del fondo más los pocos ahorros que yo tenía. He escrito “parecía” porque desgraciadamente resultó no serlo. Me volví en barco, porque llevaba un enorme cajón con todos mis libros y discos, además de la ropa, etc. Cuando estábamos en medio del Océano, en octubre de 1971, se produjo el descalabro del dólar, por causa de la eliminación por Nixon de su convertibilidad en oro, y cuando llegué a España llevaba más o menos dos tercios del valor en pesetas de lo que tenía cuando salí de Brasil. Una pesada broma.

Me instalé en Palma, en casa de mi madre. De momento, para ganar algún dinero, puse un

anuncio en el periódico para dar clases de matemáticas en casa y a domicilio. Aparecieron dos clientes, uno, un joven negro, que venía a casa y otro, un chico de familia de clase media, que no se daba con las matemáticas y los padres me encargaron que lo metiera en vereda. A éste le daba lecciones en su casa. No recuerdo cómo fue que alguien me interesó por la carrera de Graduado Social, que creí que me permitiría estar en contacto con los trabajadores y sus conflictos. Me informe en el BOE sobre esta carrera, que requiere tres años de estudio y uno anterior para quien no tenga el bachiller en el que se da un repaso a las materias del mismo.

Me matriculé en una escuela de Palma donde podía cursar toda la carrera. El primer año preparatorio lo pasé sin problemas. Para entrar ya de lleno, empecé a pensármelo mejor. Fui a Barcelona y tomé contacto con algunos Graduados Sociales para recabar información sobre las perspectivas que había una vez terminada la carrera. Resulta que todo depende de las “relaciones” que se tengan (nada nuevo en este país). Si se está bien relacionado, al terminar la carrera se puede encontrar empleo en una

empresa, generalmente en el Departamento de Personal. También en algún sindicato como asesor. Montar un bufete cuesta dinero y también hay que estar relacionado para tener clientes.

Entretanto, cuando estaba lleno de dudas, recibí una carta de un amigo que había emigrado a Alemania unos años antes que yo a Brasil. Había tomado conocimiento a través de aquel amigo que me incitó a ir a Brasil, (que entretanto ya había regresado a España y vivía en Madrid con su familia) de que yo estaba de vuelta en España y sin trabajo. Me ofrecía un contrato para trabajar en la empresa donde él estaba, (un taller de reparación de automóviles) como electricista de coches. Él me mandaría el contrato y todo era ir a Emigración y apuntarse para salir. Sin tener contrato, me decía, tardaría más de dos años en conseguirlo. Con el contrato en la mano, unos tres meses.

No lo pensé mucho. Me fui a Emigración en Barcelona y me dijeron que me llamarían en unos tres meses. No sé cómo ni por qué, me dio la vena de conocer algo del País Vasco. Compré el Diario Vasco y busqué un empleo en los anuncios.

Encontré una oferta para montar un pequeño puente grúa para trasladar cestos con pequeñas piezas que iban a ser cromadas, y tiene que pasar por una serie de cubetas con ácidos para limpiarlas. Era un contrato de tres meses. Llamé por teléfono, me dieron buenas expectativas y me marché a Bilbao, donde estaba la empresa, en unos barracones del puerto. Me admitieron, busqué una pensión y me dispuse a pasar allí los tres meses.

Éramos cuatro trabajadores, todos contratados para construir y montar el puente grúa. Desde el primer día nos dimos bien y al segundo ya salíamos del trabajo y nos íbamos a tomar vinos al estilo de allá: Un chato en cada taberna hasta cansarse. Siempre había tema de conversación, especialmente porque uno de los compañeros había sido marinero durante muchos años y tenía anécdotas para dar y tomar. Siempre recuerdo con agrado mi estancia allí. Yo ya había corrido por Andalucía en 1962, había estado en Barcelona varias veces, y conocía varios pueblos de Madrid (cuando trabajaba en la fábrica de bombas de agua) e incluso de Aragón. Todo me era familiar, sin grandes contrastes. Pero en Bilbao me sentía

como en otro país. No sabría explicar bien por qué. Creo que era el trato humano, el sentido de la convivencia, que echaba a faltar desde que volví de Brasil. Es como si la estancia en Bilbao hiciese reverdecer en la memoria los buenos ratos pasados en Brasil, rodeado de personas francas, sin dobleces ni máscaras que no fuesen las del Carnaval. Hacía un repaso de los años vividos allí y recordaba los muchos momentos felices que había pasado, tantos que los amargos, si es que hubo alguno, los he olvidado. Incluso en la pensión manteníamos unas excelentes relaciones.

Terminó el contrato y me desplazé a Madrid para hacer las pruebas pertinentes para emigrar (examen médico, test psicológico, etc.). El contrato era por un año, con ciertas condiciones: No podía rescindirlo so pena de ser devuelto a España y pagar los costes del viaje. Solo podría abandonar esa empresa para trabajar en otra de Alemania si lo aceptaba el empresario. El lugar era Marburg an Lahn, una pequeña ciudad, tradicional centro académico de Alemania.

Finalmente, en noviembre de 1972 tomé el tren en Madrid camino de Marburg. Era un tren

especial, que circula por desvíos sin entrar en ninguna ciudad francesa. Sólo veíamos luces a lo lejos. En Canfrán se sumaron otros emigrantes procedentes de Portugal y de algunas regiones españolas. El tren iría directo hasta Estrasburgo, y en el lado alemán, se distribuiría el personal entre trenes que salían para diferentes regiones de Alemania. Para organizar la distribución repartieron cartulinas de colores, y en los andenes se desgañitaba el personal de Emigración dirigiendo a gritos a los de cada color al tren que le correspondía.

El taller de reparación de automóviles era un concesionario de la Volkswagen. Un edificio de oficinas, con los talleres abajo y en la buhardilla los alojamientos para los trabajadores extranjeros. Había varios turcos y varios españoles. Un cuarto para el aseo, una cocina, una sala de estar con algunas sillas y mesas y las habitaciones construidas a lo largo de la fachada. Es decir, que para pasar a la última había que atravesar por las anteriores. La que me dieron, porque no había otra, se encontraba en medio de otras dos, con una puerta a la habitación anterior y otra enfrente para entrar en la posterior. Una cama, en el lado

abuhardillado y un armario semejante a los que hay en los vestuarios de las fabricas. La intimidad pues, no existía.

Mi amigo era el encargado de repartir las tareas, se había casado con una polaca y vivía en el chalet de ella, no lejos del taller. Los trabajadores españoles (6 en total) los había ido reclutando él en sus viajes de vacaciones en España. Había dos granadinos, padre e hijo, un primo de mi amigo, toledano, y otro más. No hace falta extenderse mucho: Los jefes (antiguos nazis que se instalaron allí huyendo de la quema, como supe después) pusieron en manos de mi amigo la contratación de personal, las condiciones de trabajo, y los posibles conflictos que pudieran surgir. Ninguno de ellos se había preocupado por estudiar alemán y dependían de mi amigo para todo. Este era, como se dice en las fábricas, un "latiguero", que pasaba el día recorriendo los puestos de trabajo (situados a los lados de un pasillo, cada uno con su elevador para el coche en reparación) metiendo prisa a los que estaban trabajando. De momento, como creían que yo era amigo suyo, no se abrieron conmigo, pero pronto empezaron a ver que las relaciones entre él y yo

se enfriaban. Cuando llevaba 10 días trabajando, bajé a lavarme las manos cuando tocaba la campana y él bajó detrás de mí para decirme que había que bajar después que tocase, es decir, cuestión de segundos. Eso lo vieron todos y, a partir de ahí, empezaron a deteriorarse las relaciones. Los otros compañeros no tardaron en abrirse y contarme lo que yo no veía. Resulta que cuando, después de una reparación, había que poner el coche a punto, lo cogía él y mandaba al trabajador a otro coche que estuviese esperando, para que no aprendiera. También tenía carta blanca para las cuestiones salariales. Él, por su parte, no tardó nada en ponerme al corriente de las hazañas de sus pupilos. El dueño les había regalado una vieja furgoneta, cayéndose a pedazos, que ellos arreglaron en sus horas libres, y con ella salían los fines de semana a los clubes de los alrededores, o mejor dicho, a los pocos clubes en los que le permitían la entrada, porque los iban echando de todos por camorristas. La cuestión es que era cierto porque les acompañé dos veces en sus correrías y ninguna más.

Llegó Navidad, y los dueños prepararon la fiesta que tradicionalmente daban a los trabajadores

extranjeros. Como el jefe iba a visitar las buhardillas, mi amigo mandó por delante una cuadrilla para limpiar los aposentos. Después vino a contarme lo sucedido. Según él, habían sacado la suciedad a carretadas y el jefe se había quedado asombrado cuando él se lo contó. Le respondí que si él le había especificado cuáles eran las habitaciones sucias. “¡Es igual!”, me respondió. Bien, le dije, “Pues si no te importa, vas a decirle que la mía estaba limpia.” “Y tampoco entiendo por qué has ido a decirle eso”. Esta anécdota sirve para ilustrar cuál es el concepto que crean y mantienen, entre los alemanes y los negros de fuera, del trabajador extranjero.

Pero hay más. Cuando llegó el día trajeron cerveza a mansalva y aguardiente alemán, el conocido “snaps”. Pero de comer, apenas una ensalada rusa que preparo la mujer de mi amigo. También le hice observar que nos trataban como a borrachos. Yo, para corresponder a la “bondad” del jefe, le compré un disco de música clásica y después que hizo su discursillo barato, se la entregué envuelta en papel de regalo. Aún recuerdo que se quedó inmóvil, con cara de espanto y se la pasó a uno de sus acólitos para

que la abriese allí mismo. Me dio la fuerte impresión de que creyó que se trataba de alguna burla.

No está de más aquí que dé un pequeño repaso a las condiciones que encontraron los emigrantes que fueron a trabajar a los países centroeuropeos, para reconstruir lo que la guerra había destruido. Generalmente eran alojados en barracones, en los que personal de distintas nacionalidades, sin formación ninguna, la mayoría proveniente del campo, convivían como se puede imaginar, con la de que unos trabajaban de noche y otros de día. Un pandemonio de radios a todo volumen, peleas constantes, timbas en las que podían perder en unas horas el salario de todo el mes, prostitutas alrededor de los barracones, etc. Un atisbo, una vez el granadino (el padre), que era uno de esos “emigrantes de profesión” que habían corrido varios países europeos en esas condiciones de trabajo, entró en mi habitación para pasar a la otra. Le dije que si no podía al menos llamar a la puerta antes de entrar. “¡Vaya con el señorito! - me respondió - Tenias que haber estado en Francia, en los barracones que yo estuve” y me describió más o menos lo que he escrito arriba. O

sea, no sólo aceptaba esa basura, sino que aún quería expandirla, como le dije.

No tardé más de dos meses en buscar una salida. Yo había escrito a la dirección que me habían dado los compañeros de la POLOP de Brasil (véase el episodio anterior). Me respondieron que tenían unos compañeros del grupo Arbeiterpolitik estudiando en Marburg y me dieron la dirección para tomar contacto con ellos. Yo estaba intentando entender alemán y ya me había apuntado a unos cursos gratuitos para extranjeros que daban en la Universidad. Recuerdo que el primer libro que compre para familiarizarme con el lenguaje diario fue la obra "Santa Juana de los Mataderos", de Bertolt Brecht, que "leía" y "releía".

A trancas y barrancas, con gestos y ayuda del diccionario, relaté a los compañeros alemanes lo que me estaba sucediendo. Buscaba una salida y no la encontraba. Me sugirieron que tratase con alguno de los asesores que tiene en Alemania el Ministerio de Trabajo español para auxiliar a los emigrantes. Busqué uno cercano a Marburg y fui a visitarlo. Le propuse que fuese a visitar la

empresa y le dijese al dueño que yo no me daba con el trabajo que se hacía allí, que había trabajado siempre en la industria, entre máquinas. Insistí en que le dijese que no tenía nada contra la empresa y que el trato que recibía era correcto. Era solo una cuestión profesional. Así es que se trataba de que me liberase de la obligación de trabajar el año. Yo buscaría trabajo y cuando lo encontrase me marcharía.

Era un tipo pintoresco, que tenía su coche lleno de adornos, lámparas especiales, etc. Me prometió que iría cuando pudiese. No cumplió y hasta tres veces tuve que visitarlo hasta que se decidió a quitarse de encima a lo que con toda seguridad consideraba un "plasta". Acabó citándome para ir juntos. No hace falta que explique la cara que se le puso a mi "amigo" (no aguanto más de ver esa palabra sin comillas) cuándo le vio aparecer conmigo. "¿Quién es ese?", me pregunto. Y se lo dije, así como también lo que yo pretendía. Se puede imaginar la cara que puso. El asesor no conversó con el dueño mucho tiempo. Este le dijo que no tenía ningún inconveniente en que me fuera, que no quería tener allí nadie a disgusto. Con esto terminó su faena. No le vi nunca más.

Compré varios días el periódico de Frankfurt, que era la ciudad industrial más cercana, hasta que vi uno que parecía adecuado para mí. Pedían un “Betriebselektriker”, es decir, un electricista de taller, que tanto está para construir la instalación eléctrica de las máquinas que se montan en él, como para hacer trabajo de mantenimiento en las que hay en el taller. Era una fábrica de máquinas para hacer neumáticos situada en Bergen-Enkheim, un pueblecito pegado a Frankfurt, al que estaba comunicado por tranvía. Así pues, pedí un día de permiso y fui a presentarme. Para mi suerte, el Jefe de Personal hablaba algo de español y pudo entender mi historial profesional. Se mostró satisfecho y llegamos a un acuerdo. Incluso llamó al Presidente del Comité de Empresa y éste dijo que me afiliaría al sindicato. Naturalmente era el IG-Metal. También me proporcionaban alojamiento en una habitación adyacente a un chalet cercano a la fábrica, por el que tenía que pagar un módico alquiler. El salario era sensiblemente más alto que en Marburg, lo que me hizo sospechar que mi “amigo” no tenía al corriente a sus pupilos del nivel medio de salarios en Alemania.

Volví a Marburg y le comuniqué a la empresa que ya tenía empleo, por lo que saldría de allí después de trabajar la semana reglamentaria. Ya había observado que el dueño y los alemanes que le rodeaban eran muy amables y me saludaban cordialmente cada mañana pero desde que supieron que me quería ir había desaparecido la sonrisa de su cara. Me despedí fríamente de todos e inicié una nueva andadura, que relataré en el próximo capítulo.